

¿Resultará Triunfante el Régimen Capitalista?

por André Maurois

Tiempo de lectura: 10 m. 45. s.

VAN a ser relegados el capitalismo y la propiedad privada a una obscura existencia de museo, junto con las arcaicas instituciones del feudalismo? Muchos lo creen así, y ya una nación, Rusia, está buscando un nuevo sistema económico. ¿Ha tenido éxito ese país? ¿No tiene todavía el capitalismo ante sí años o siglos de vida vigorosa antes de que por fin ceda su lugar a otras formas que engendre el propio capitalismo? ¿Es éste una institución joven que ha llegado a un período de crisis en su crecimiento, o es un sistema que se derrumba, sentenciado a morir? ¿Qué deben hacer las naciones capitalistas para subsistir? Estas son algunas de las preguntas que se hacen los espíritus inquisitivos.

Por cierto, ninguno de éstos problemas sería tan importante si no fuera por el experimento ruso. No es fácil hoy día dar un juicio acertado acerca de este experimento. Es uno de los fenómenos más curiosos del día que los hombres imparciales —o que se creen imparciales— encuentren que les es imposible obtener información exacta acerca de las condiciones en la nueva Rusia. La existencia de la censura ya hace sospechoso el testimonio de los propios rusos y aun el de los corresponsales extranjeros que viven en Rusia. La brevedad de su permanencia allí, su ignorancia del idioma, la supervigilancia estrecha de sus guías, destruyen mucho del valor que podrían tener las observaciones de los viajeros. Son víctimas casi absolutas de sus ideas preconcebidas, favorables o desfavorables, que se proponen verificar.

A pesar de esta ignorancia, o tal vez a causa de ella, la Rusia comunista excita la imaginación. No sabemos si está teniendo éxito; pero no podemos ignorar el hecho de que sigue existiendo. Sus inteligentes líderes mantienen ingeniosamente la impresión de que están teniendo éxito. Su plan de cinco años fué acertado. Hay en esta fórmula una mezcla de precisión y de misterio que inquieta y satisface el espíritu.

No es sólo una fórmula. Los ingenieros y manufactureros capitalistas que han estado en Rusia un año o más vuelven, si no convertidos, sorprendidos. Constructores de fábricas ellos mismos, no pueden dejar de admirar esas factorías gigantescas que está construyendo Rusia. Es cierto que no es

difícil construir una fábrica y producir; que el problema no es equiparse para la producción, sino crear condiciones de consumo y de salarios que permitan hacer este consumo. No se ha probado que hayan resuelto esto último. Pero, a la distancia, producen los rusos, en todo caso, un efecto impresionante.

Durante dos años los países capitalistas han estado sufriendo los efectos de una crisis formidable. La maquinaria capitalista parece estar descompuesta. El número de gente sin trabajo es alarmante. La necesidad de sostener a éstos está forzando a las naciones a vivir de sus reservas. Es natural que el comunismo aparezca como un refugio para dos grupos de hombres. Primero, a los ignorantes que, habiendo perdido su dinero o su ocupación, culpan al sistema capitalista. Después, a los intelectuales que, impresionados con la impoten-

cia del capitalismo para organizar la producción y la distribución sobre una base racional, aplauden la lógica aparentemente rigurosa del plan ruso, como la cristalización de una nueva era del progreso humano. La existencia de una Rusia comunista da un carácter nuevo, peligroso, profundo, a la crisis de la sobreproducción y falta de trabajo. Por otra parte, es cierto que la presente crisis parece ser mucho más seria y de mayor alcance que cualquiera otra crisis que recuerde la humanidad. Hay que buscar la razón.

El derecho de un propietario a hacer lo que quiera con lo que le pertenece —siempre que respete la ley— es un sistema muy antiguo que, en su conjunto, ha producido muy buenos resultados. La civilización humana se ha fundado sobre este derecho en casi todos los lugares y a través de toda la historia. La esperanza de

ganar, el deseo de incrementar el propio poder, el de dejar la fortuna adquirida a los propios hijos han sido un acicate para el trabajo y una filosofía de esfuerzo y economía, a la cual se debe la prodigiosa acumulación de capital que en forma de casas, campos cultivados, animales domésticos, muebles, obras de arte, y tanto más que constituye la riqueza humana. Actualmente uno tiene que ser un defensor o un enemigo del capitalismo.

En el siglo XIX, y después, en el siglo XX, el sistema de propiedad privada fué transformado radicalmente por el desarrollo de la maquinaria y por la concentración de la industria. Esto se ha dicho muchas veces. Sólo quiero poner énfasis aquí en dos puntos:

Primero, las grandes ganancias obtenidas durante este período han creado una nueva forma de feudalismo. Las dinastías industriales y comerciales se perpetúan a través de las generaciones. Millones de obreros han aceptado como a su amo a los que les dan trabajo. Los héroes del mundo de la banca, del comercio y de la industria se entregaron a combates homéricos, en los cuales la derrota llevaba a la ruina y aún al suicidio.

En segundo lugar, el desarrollo de ciertas industrias ha sido tan rápido que el capital aislado no encuentra en las utilidades privadas el nuevo capital necesario. De aquí el crecimiento de las compañías anónimas y una completa transformación en la naturaleza de la propiedad. En los días de Balzac un Pere Grandet poseía álamos, campos, casas, oro y como parte de su fortuna, bonos del gobierno. Hoy, un empleado de oficina, en París, tiene acciones de una compañía de petróleo de Amsterdam o de una mina de cobre que cree está en España, pero que en realidad está en Chile, de una plantación de goma de Java o Sumatra. Esta participación de la gente modesta en los grandes negocios ha inducido a observadores superficiales a hablar del actual régimen democrático de la propiedad. En realidad, este sistema se parece a la democracia política en que ambos son una plutocracia. Los grandes negocios de las sociedades anónimas son administrados por un pequeño grupo de hombres todopoderosos que firman contratos y fijan dividendos y que, debido al gran número de los accionistas, están

